

Documento de Opinión 18/2011
“La delicada transición democrática en el Egipto post revolucionario”

Mayte Carrasco
Periodista

(Febrero 2011)

En la plaza Midan Tahrir la multitud se agolpa alrededor de una enorme piedra blanca rectangular de dos metros por dos, un metro de alto, cubierta por una enorme bandera egipcia y cientos de fotografías. La instalaron aquí dos días después de la huida del ex presidente Hosni Mubarak de El Cairo, a modo de lápida improvisada o tumba perentoria en la que los egipcios pueden llorar a los mártires de la revolución. Frente al legendario Museo Egipcio y bajo la severa mirada de las reproducciones de esfinges de los faraones y reinas que reciben al visitante, decenas de personas immortalizan con sus teléfonos móviles este homenaje a las víctimas de las protestas que incendiaron primero esta plaza y contagiaron a todo el país en 19 días que cambiaron para siempre la historia de Egipto. Alguno solloza en silencio. Murieron unas trescientas personas, según *Human Rights Watch*, en su mayoría jóvenes que no podrán disfrutar de esa democracia que aún está por llegar.



Foto 1. Lápida Improvisada.

El edificio está protegido por cinco carros de combate con dos o tres soldados por tanque (Abrams M1A1) que aceptan gustosos subir a los niños, aupados por padres que esperan su turno con paciencia infinita. Foto con el joven militar, sonrisa, señal de victoria. En algunos corrillos aislados, algunas familias agitan banderas de Egipto frenéticamente mientras corean la frase « ¡el ejército y el pueblo son uno!». Brigadas de jóvenes ataviados con mascarillas barren el suelo de la plaza con garbo en un espectáculo orquestado de orgullo nacional en este nuevo país en apariencia unido. «Somos voluntarios, queremos dar la mejor imagen de este nuevo Egipto, entrar en una nueva era con la cara limpia e impoluta » cuenta Sayed, estudiante de Ingeniería.



Foto 2. Museo Egipcio con carros de combate

La plaza está casi despejada aunque el tráfico discurre con dificultad, entre manifestantes que quieren seguir con la protesta y airados cairotas que exigen la vuelta a la normalidad y la recuperación de una economía gravemente herida por la revolución (el Gobierno Egipcio calcula pérdidas de 1.700 millones de dólares en ingresos, de los cuales más de la mitad del sector turístico, Crédit Agricole aumenta las pérdidas a más de 3.000 millones de euros). Una mujer limpia el suelo con un cartel colgado en el pecho en el que ha escrito a mano “confío en mi Ejército”. «Debemos dejar la plaza de una vez y volver al trabajo, nuestros soldados se encargarán de la transición democrática», dice convencida.

1. EL PAPEL DEL EJÉRCITO COMO MEDIADOR

Tras los titubeos iniciales, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas egipcias decidió respaldar la voz del pueblo y doblegar por la fuerza la terca voluntad de su mando superior, el ex presidente Hosni Mubarak (82 años) que insistía en aferrarse al poder por todos los

medios. Fue el Ministro de Defensa, el Mariscal Mohamed Husein Tantawi, quien tomó las riendas de esa situación excepcional e imprevisible, aunque su veredicto no fuera inmediato ni su postura totalmente clara durante las protestas. En pleno estallido de la revolución, el Ejército, cuna de los últimos tres dirigentes de Egipto e institución fiel al rais durante treinta años, convirtió a sus soldados en estatuas de sal erguidos sobre sus tanques, mostrando un papel ambiguo y contradictorio en las calles. Por un lado, la cúpula prometía estar del lado del pueblo y no disparar contra los manifestantes, pero por otro no dio órdenes de impedir los violentos choques entre defensores de Mubarak y la resistencia, dejando que los matones del régimen hacer el trabajo sucio frente a sus ojos sin evitar las muertes que hoy hay que lamentar.

Organismos como Amnistía Internacional vienen denunciando desde hace años la brutalidad de este mismo Ejército, el décimo más grande del mundo (con 468.500 miembros) y sus repetidas violaciones de los derechos humanos, siendo durante los últimos 58 años el pilar fundamental del régimen autoritario que impuso Mubarak al pueblo. Durante las protestas, algunos periodistas internacionales han acusado a los militares de detención arbitraria y tortura de activistas opositores bajo el amparo de la ley de emergencia, aún en vigencia a pesar de la marcha de Mubarak y el fin de las protestas. Muchos informadores fueron detenidos por el Ejército con los ojos vendados y esposados (TV3 Catalunya, Canal Plus Francia), retenidos durante horas y algunos varios días.

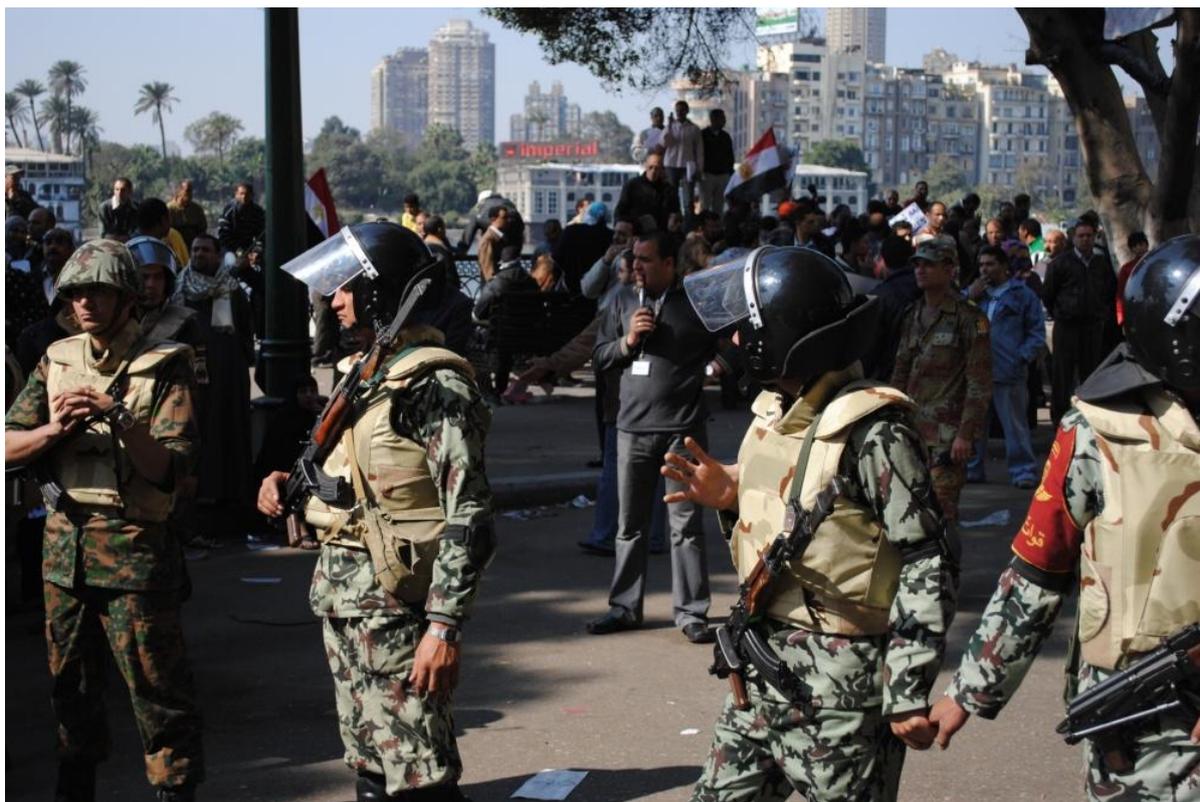


FOTO 3. Soldados en actitud pasiva.

Parapetados tras decenas de carros de combate instalados por toda la ciudad, el Ejército se convirtió en un mero espectador de los pillajes, la inseguridad y las revueltas de la plaza Tahrir y alrededores, contribuyendo a un caos que durante días desconcertó y preocupó a

millones de 80 millones de egipcios que, encerrados en casa bajo largos toques de queda, vivieron durante semanas una situación de caos con ausencia total de la protección del Estado. Tampoco había ni rastro de la policía, considerada el brazo ejecutor de la represión continuada del régimen, que recibió órdenes de salir a la calle sólo de doce de la noche a cinco de la mañana al haber perdido la confianza de la población. Mi único contacto con este cuerpo consistió en un encuentro en un control como muchos otros, donde dos agentes vestidos de civil pidieron nuestra identificación y a continuación procedieron sin razón alguna a nuestra detención e interrogatorio en la comisaría de Giza durante cinco horas.

Sin agentes policiales y sin Ejército patrullando, los ciudadanos se organizaron en brigadas civiles por barrios. Se trataba de grupos de entre seis y diez hombres, ataviados con garrotes y algún fusil para proteger sus casas y negocios del pillaje que se vivió durante los primeros días, en los que miles de presos se escaparon de la cárcel. Se les veía organizando barricadas con sacos de arena frente a sus negocios, haciendo turnos con otros vecinos para poder permanecer toda la noche en vigilantes en sus puestos. Arremolinados alrededor de pequeñas hogueras, pedían pasaporte a todos los pasajeros de los coches y ahuyentaban a las visitas indeseadas con todos los medios a su alcance.

La situación se agravó cuando se sumó un nuevo elemento. El día dos de febrero 2011 aparecieron los perros de caza de Mubarak, grupos violentos organizados en milicias que pretendían reprimir las protestas con estrategias violentas alternativas al uso de la fuerza por parte del Ejército. La policía secreta del régimen dio consignas y pagó a numerosos individuos (algunos testimonios hablan de un total de unos 8 euros) que para que, unidos en turbas y dispersos por todo El Cairo, deambularan armados con barras de hierro, cuchillos y palos, arrojaran piedras a los manifestantes de la plaza de la liberación o se instalaran en controles ilegales esperando la llegada de algún activista revolucionario o algún occidental (más fácilmente identificable) para amedrentarle y amenazarle, amén de robarle el material fotográfico o de vídeo.

El día cuatro de febrero uno de los puentes sobre el Nilo que une el barrio de Giza con el Down Town, el centro de la ciudad, vimos al menos tres de estas peligrosas barricadas. En la primera intentaron sacarnos por la fuerza del taxi y al no conseguirlo, se subieron encima del vehículo con barras de hierro, golpeándolo e insultándonos. Llegados a un control del Ejército, el responsable militar se contentó con espetar una reprimenda verbal a estos jóvenes, que se dirigieron de nuevo al coche en el que viajábamos para pedirnos disculpas y concluir con desconcertante *«I'm sorry, welcome to Egypt!»*. (Lo siento, bienvenidos a Egipto).

¿Cómo es posible que el pueblo confíe en su Ejército cuando decidió hacerse con el poder como si de un golpe militar se tratase? ¿Que acepten como dirigente transitorio al Mariscal Tantawi, mano derecha de Mubarak y reacio al cambio? Hay una explicación. Desde 1952 y los tiempos de Nasser existe una comunión entre el pueblo egipcio y sus soldados. Excluyendo a las élites que se han enriquecido a través de los negocios en los que participa el Ejército, la Institución militar está formada en su mayoría por una clase media baja que contrasta con la mimada y temida Policía, instrumento creado para defender la seguridad de la una clase privilegiada que fue elegida a dedo y a base de enchufes.

La policía ha servido durante años a la familia Mubarak y acólitos, presentes sobre todo en los Ministerios de Exteriores, Justicia e Interior (sólo éste último cuenta con 1.300.000 funcionarios). Los soldados, mal pagados, distan mucho de esos policías que piden sobornos generalizados que pueden alcanzar hasta las 1.000 libras egipcias al día en el caso de un comerciante de souvenirs turísticos en temporada alta. El pueblo, por lo tanto, respeta a un Ejército que les respeta a ellos. Después de la revolución, en algunas plazas de El Cairo instalaron imágenes de militares saludando a los mártires, un gesto que acabó ganándose la confianza plena y el cariño de la mayoría de los egipcios tras las revueltas.



Foto 4. Soldados dando mano al pueblo



Foto 5. Manos uniéndose soldado con el pueblo

Visto con perspectiva, hay que concluir que tras el desconcierto y dudas iniciales la actuación de la cúpula militar fue la correcta y logró conseguir un final de cuento feliz. El Ejército tomó la buena decisión, ayudó a evitar lo peor y lo hizo a tiempo. La balanza de la Diosa Maat (la Diosa de la justicia y la verdad en el antiguo Egipto) cayó finalmente del lado del pueblo y obligó a Mubarak a salir por la puerta trasera para refugiarse en su complejo de lujo en Sharm el-Sheij, a orillas del mar Rojo. La desaparición del mapa de su vicepresidente, el jefe de la Mujarabat (Servicios de Inteligencia) Omar Suleiman, y la toma del poder de los militares evitó un enfrentamiento mayor entre los egipcios revolucionarios y los partidarios del estatus quo, muy numerosos entre la población y aún temerosos de un futuro incierto sin un hombre fuerte como rais al frente de sus designios, acostumbrados como están a una gran figura carismática ocupando el sillón del faraón.

Las Fuerzas Armadas tienen ahora en sus manos la puesta en marcha de un proceso frágil y delicado en el largo camino hacia la transición democrática. Tantawi ha prometido respetar la voluntad del pueblo, garantizar la seguridad durante seis meses y liderar un proceso pacífico que lleve a unas elecciones libres. Los pasos tomados hasta ahora hacen prever la paulatina y lenta aparición de nuevos rostros a la política del país, con la disolución del Parlamento y la invalidación de una Constitución obsoleta y antidemocrática. Todos los actores de la oposición, incluyendo a los Hermanos Musulmanes, han aceptado de buen grado la imposición de las Fuerzas Armadas como garante del cambio.

Ahora comienza un largo proceso de desmantelamiento del aparato que sostenía el régimen, con pasos esperanzadores como la detención del ex ministro del Interior, Habib al Adli, el ex ministro de Vivienda, Ahmed al Maghrabi, y el ex titular de la cartera de Turismo, Suhair Garana, además del político y magnate de la industria siderúrgica Ahmed Ess, gran amigo de los Mubarak, acusados todos de malversación de fondos públicos. Habrá que ver qué ocurre con la mastodóntica estructura policial y cómo se articula para no crear una masa de descontentos pro Mubarak y una cadena de ajustes de cuentas que lleguen a enturbiar la paz con la que ahora mismo se está desarrollando la transición.

2. EL PELIGRO DE LA FRAGMENTACIÓN DEL VOTO

La transición política, sin embargo, no será fácil. La oposición egipcia, aplastada durante tres décadas por el mecanismo represor del régimen, apenas ha podido reorganizarse en condiciones y aún carece de medios para movilizar a su electorado. En el Egipto post revolucionario la oposición es una masa dispersa que debe ser capaz de crear grandes partidos políticos y encontrar rostros carismáticos que consigan convencer a la mayoría de los votantes, y todo ello en el plazo de sólo seis meses. Un trabajo arduo por no decir imposible.

Uno de los actores principales de la transición será el grupo motor e impulsor de las revueltas, la juventud egipcia. Aglutinados en la que fue llamada Coalición de Jóvenes de la revuelta de la Ira, que negoció con Suleimán durante las protestas, son los protagonistas de lo que algunos han llamado la Revolución 2.0, por el papel determinante que han tenido las redes sociales como Facebook o Twitter para coordinar con éxito sus convocatorias en la plaza Tahrir. Egipto es un país con rápida conexión donde uno de nueve egipcios tiene acceso a Internet y el 9% de ellos está en Facebook, en total unos 800,000. El país no había

establecido un sistema de censura con filtro de palabras o páginas, como sucede en lugares como China, pero castigaba a su resistencia acosando policial y jurídicamente durante años a los blogueros e internautas que denunciaban la corrupción política del régimen Mubarak y a su familia. Al verse desbordado durante la revolución del 25 de enero, Mubarak optó por la más radical de las soluciones, desconectar la red durante dos días en todo el país. Aunque finalmente de poco le sirvió.

Durante las revueltas, la resistencia en Facebook creció a una velocidad vertiginosa. De la nada aparecieron páginas como Todos somos Khaled Said (en referencia a un ciudadano de Alejandría que habría sido torturado hasta la muerte por la policía el verano pasado), El día de la revolución que llegó a tener 80.000 seguidores, o La Revolución de la Libertad, el más exitoso con cerca de 400.000 adeptos. La red jugó un papel catalizador, ayudando a reunir y aglutinar de forma masiva a los descontentos y convirtiéndose en una herramienta de difusión de información fabulosa, como fueron las octavillas de otras épocas pero con dos factores añadidos que otorgan una importancia crucial a la globalización y las tecnologías que la hacen posible. Primero, el número de personas al que tienen acceso a internet es infinitamente superior al de otros medios escritos de otros siglos, es un arma de distribución masiva; segundo, su efecto informativo es inmediato. Esa inmediatez contribuyó a acelerar el proceso de desmoronamiento del régimen, que cayó de forma fulminante como si fuera un castillo de naipes en algo más de dos semanas.

En este sentido, no debemos menospreciar el poder de las imágenes emitidas en directo en televisiones de todo el mundo, y en especial el papel de los periodistas de Al Jazeera en el mundo árabe que han contribuido a reforzar la imagen de unión y empatía con la revolución del conjunto de la nación y de toda la juventud árabe general, generando un despertar del orgullo panárabe. De ahí que el régimen intentara por todos medios censurar a una prensa internacional que fue del todo incensurable e incontenible por el elevado número de corresponsales enviados sobre el terreno. Sólo la BBC tenía un centenar de personas desplazadas, con más de una veintena de cámaras trabajando en todo el territorio egipcio.

Uno de los grupos en Facebook más numeroso y activo fue el Movimiento 6 de abril con un total de 70.000 jóvenes seguidores con educación universitaria que nunca habían participado en actividades políticas y discutían a través de la red social. Se formó en 2008 a raíz de las huelgas convocadas esa fecha en el Delta del Nilo contra el aumento de los precios y abrieron en internet un debate real sobre la libertad de expresión, el nepotismo y la falta de crecimiento económico, aportando ideas para mejorar el país y focalizando su rabia en el hijo de Mubarak, Gamal, supuesto sucesor del rais. En estos tres años llegaron a organizar incluso manifestaciones de apoyo a Gaza y al menos ocho de sus miembros pasaron por prisión.

Otros grupos activos de jóvenes manifestantes incluyen a los Jóvenes por la Justicia y la Libertad o las Juventudes de los Hermanos Musulmanes. Pero ¿cómo se traducen todos estos movimientos en acción política? Es el momento para que jóvenes como Ahmed Maher, fundador del grupo en a 6 de abril en Facebook, Yasir al Hawary de Libertad y Justicia, o Wael Ghonim o Alaa Abdel Fatah, famosos blogueros egipcios, se planteen su futuro político. Si quieren triunfar deben estar unidos en un mismo partido o coalición y encontrar una cabeza visible que se gane la simpatía, el respeto y la confianza también de las viejas

generaciones, más acostumbradas a un hombre fuerte, mayor de cuarenta años y a poder ser con un pasado militar en la presidencia.

En este desorganizado panorama post Mubarak, los activistas se han reunido en un nuevo colectivo, la Coalición de la Revolución de la Juventud (RCJ), con el Movimiento 6 de Abril, Libertad y Justicia, las juventudes de los Hermanos Musulmanes, el Partido Frente Democrático, del movimiento de apoyo a El Baradei y la Asamblea Nacional por el Cambio. Otros partidos o movimientos son Al Ghad (partido laico liberal) de Ayman Nur, figura histórica de la oposición que fue rival de Mubarak en las elecciones de 2005 y le costó siete años de cárcel y que está dispuesto a presentarse a la reelección, Kefaya (basta) de George Ishaq, movimiento de oposición al régimen que data del año 2004, o el Partido Wasat de Abu Elela Mady, escisión de los Hermanos Musulmanes y recientemente legalizado.

Cabe preguntarse qué será de aquel electorado que echa de menos a Mubarak y comió de los aparatos estatales del régimen durante tres décadas. Son muchos los que saludan al último faraón como un buen dirigente y no les importaría votar a un político o militar continuista que se presentara en un partido reconstruido de las cenizas del difunto Partido Nacional Democrático (PND), cuya sede ardió durante días en la plaza Tharir, frente al hotel Ramsés Hilton. Aunque el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas ha anunciado que no presentará ningún candidato militar a las elecciones inicialmente previstas para septiembre, no se puede excluir la posibilidad de que exista en el futuro un partido que recoja el voto pro Mubarak, porque de otro modo todas esas voces quedarían sin medios para expresar su descontento con la revolución.



Foto 6 manifestantes pro Mubarak

En todo caso, no es deseable la fragmentación del electorado y la confrontación entre partidos que no lleguen a acuerdos entre sí. Debe haber unidad y sentido de responsabilidad democrática, algo complicado en un país que debería votar sin pucherazos por primera vez en su historia, sin experiencia en estos menesteres y por lo tanto, muy necesitado de ayuda y ejemplos. La Unión Europea ya debería estar trabajando en la enseñanza y monitorización de esta importante transición política egipcia, lo que no se traduce en buscar influenciar o apoyar a un partido más que otro. Esta vez, los servicios de Inteligencia deben dejar paso a los funcionarios de la UE o de la ONU expertos en refuerzo de instituciones democráticas (que ya trabajan en estos menesteres en otras partes del mundo, como Afganistán), aunque será difícil evitar la injerencia política de países extranjeros, sobre todo de EEUU, que vigilará el proceso muy de cerca y desde la sombra, dado el carácter volátil de la región. En estos momentos sería muy perjudicial para cualquier partido o candidato egipcio ser visto por los votantes como el candidato de occidente.

3. EL FANTASMA DEL MIEDO AL FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO

Aunque Mubarak utilizara el arma arrojadiza del miedo a los Hermanos Musulmanes egipcios y el fantasma del Islamismo iraní y de Hezbollah entre la población, lanzada a través de mensajes en la televisión estatal y rumores variopintos, la revolución egipcia careció de objetivos religiosos entre la mayoría de las voces de Tahrir. Movidos más bien por el hartazgo y el hambre, una economía hundida desde hace años y la falta de oportunidades de los jóvenes, lo que de verdad pretendían era pedir una libertad de expresión, política y de movimiento largamente anhelada. El Islam más radical, presente en Egipto a través de los Hermanos musulmanes, no quiso ni llegó a liderar las protestas, ni encontró una voz común en la Plaza de la Liberación. La voluntad de la masa apuntaba a otros derroteros, «ahora ya somos como vosotros, como en Europa. Tenemos libertad y tendremos democracia», afirmaba Mohammed la noche de celebración el día que Suleimán anunció la caída del régimen, frente a un cartel en el que aparecía la foto de Mubarak en su pasaporte, acompañada de una frase, «el pueblo te ha dado el sello de salida del país».

La cofradía suní de los Hermanos Musulmanes se organizó bien y estuvo presente en la plaza Tharir, aunque más como un actor más de la revuelta que como un líder de la misma. Forman parte de un movimiento social ilegalizado en Egipto que llegó a presentarse a las elecciones en el 2005 a través de candidaturas independientes, obteniendo casi un cuarto de los escaños del Parlamento. Son la principal fuerza de la oposición al régimen y ahora quiere inscribirse como partido político, aunque sólo cuenta con unos 100.000 miembros en una población de 80 millones de habitantes, según Scott Atran, experto en la cofradía. Se distanciaron de Al Qaeda y de la violencia terrorista, aunque como señala el filósofo Bernard Henry-Lévy, no se sabe si renunciarán a la Sharia (ley islámica), si se han alejado de Hamás o si Sayyid Qutb, teórico moderno de la yihad, sigue siendo su principal líder intelectual. Su modo de gobernar o legislar es aún una incógnita, pero sí han dejado claro que quieren un sistema pluripartidista en el que tengan cabida todas las religiones (en Egipto hay una minoría del 10% de Coptos, cristianos).

En Egipto son cada vez más visibles, aunque no numerosos, los signos del Islam radical en las calles. Por ejemplo, en el Cairo se ven mujeres que visten el Niqab musulmán acompañado de guantes negros que le cubren las manos, una especie de burka negro con agujeros

únicamente en los ojos que contrasta con una sociedad occidentalizada en la que la mujer musulmana puede elegir si quiere cubrirse la cabeza o no. Las prendas más fundamentalistas se combinan en las calles con jóvenes vestidas con vaqueros y chaqueta de cuero, con gafas de última moda, la gran mayoría, que curiosean en las tiendas en el Down Town de El Cairo, donde hay maniqués vestidos con pantalones ajustados y minifaldas e incluso tiendas de ropa interior con encajes y destapes que podría competir con un escaparate similar en las calles de Ámsterdam.



Foto 7 mujeres con niqab

Durante las revueltas, tanto el iraní Ayatolá Jamenei como Nasrallah de Hezbollah quisieron apropiarse del espíritu de la revolución egipcia, sin éxito. Jamenei saludó el despertar islámico del pueblo egipcio y tunecino y les adjudicó el carácter de Movimiento Islámico de Liberación. El secretario general de Hezbollah llegó a equiparar a los manifestantes egipcios con sus «héroes de la resistencia en el Líbano y en Palestina», para después predecir que el triunfo de la revolución haría un daño irreparable a los estadounidenses y a Israel en toda la región. Evidentemente, esta retórica formaba parte de la batalla regional por el liderazgo de EEUU y su confrontación con Irán en la zona.

¿Cómo ha quedado la influencia estadounidense tras la partida de Mubarak? Con el Ejército al frente de Egipto deben de estar de momento tranquilos, dado que la mayoría de los altos mandos de las FFAA egipcias se han formado en EEUU, su armamento es estadounidense y recibe de Washington 1.300 millones de euros anuales. Pero resulta inquietante que la cúpula militar al mando en estos momentos haya abierto el paso en el Canal de Suez a dos buques de guerra iraníes de camino a Siria, lo que Israel ha calificado como una grave provocación. Habrá que observar muy de cerca los programas de los partidos que se presenten a las elecciones y sobre todo aquellos puntos que puedan tener repercusiones más allá de las fronteras egipcias.

4. EL NUEVO EGIPTO EN UNA REGIÓN VOLÁTIL

Si el proceso no lleva a buen puerto en Egipto, Irán y Hezbollah tienen una ventaja decisiva gracias a su propaganda y sus éxitos militares, en un momento crucial de la historia en el que el orgullo árabe ha sufrido mucho descrédito en las últimas décadas y está despertando, pudiendo capturar la atención de los más jóvenes para tratar de integrarlos en parte de su resistencia contra EEUU si el pueblo observa una injerencia estadounidense excesiva en esta la transición. El asunto es delicado puesto que se mezcla revolución, Islam, identidad árabe, modernización del estado y una juventud ávida de cambios.

En este sentido la ayuda económica al pueblo egipcio debe ser urgente e inmediata con el fin de evitar episodios como la migración masiva que se produce en Túnez hacia la isla de Lampedusa y otras sorpresas derivadas de los ajustes de cuentas tras la caída de largos regímenes políticos y la falta de avances en el crecimiento de la economía a corto plazo. Es necesario que la pobreza no se convierta en el caldo de cultivo de los radicales, como suele ocurrir en otros muchos países y zonas (el Sahel, Cáucaso Norte, Afganistán y Pakistán, etc.). Los líderes occidentales deben comprender que el fundamentalismo global se alimenta de la rabia y el hastío de una juventud árabe, persa o africana sin salida. No se puede decepcionar a esa juventud que ahora cree más que nunca en la democracia.

En este largo y difícil proceso democrático será preciso también encontrar el modelo a seguir, aunque Egipto debe sentirse un poco solo. Los ejemplos de Siria o Irak no son precisamente los ideales. Tampoco Argelia, Libia, Yemen, Arabia Saudí o Marruecos. Muchos expertos abogan por una democracia a la turca, donde el Islam comulga con los valores democráticos. La falta de una cara con voz y carisma político entre la oposición egipcia hace difícil prever un liderazgo fuerte como al que el pueblo egipcio está acostumbrado, esperemos que eso quede resuelto en los meses previos a las elecciones.

La revolución ha derribado también muchos muros geoestratégicos y hace prever una reestructuración en las mentes de las Secretarías de Estado y Ministerios de exterior del mundo no árabe. Las fulminantes caídas de Ben Alí y Hosni Mubarak parecen haber dejado boquiabiertos a los líderes europeos, que deben luchar para que Egipto no caiga en el abismo y camine en la buena dirección. Quizás en estos momentos su parálisis se deba a la sorpresa y la preocupación que está causando el efecto dominó en los países del norte de África. No es de extrañar, porque la caída de Gadaffi, Buteflika o el Gobierno del rey Mohammed VI de Marruecos tendría consecuencias muy directas en asuntos tan delicados como la inmigración masiva y el terrorismo islamista para Europa y por supuesto, España.

Otros actores militares como la OTAN, que libra su particular batalla en Afganistán, debe repensar cuál es su papel en el mundo en continuo cambio, tan diferente al de la guerra fría en el que creció y el reajuste global en el que estamos más inmersos que nunca.

Mayte Carrasco¹
Periodista

¹ Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.